

vos; Todos los que andais atormentados, afligidos y cargados con la carga de vuestros cuidados y apetitos, salid de ellos, viniendo á mí, y yo os recrearé, y hallaréis para vuestras almas el descanso que os quitan vuestros apetitos, que son pesada carga, como lo dice David: *Sicut onus grave gravatae sunt super me.*

CAPITULO VIII.

De cómo los apetitos oscurecen al alma. Pruébalo por comparaciones y autoridades de la sagrada Escritura.

Lo tercero que hacen en el alma los apetitos, es que la ciegan y oscurecen; porque, así como los vapores oscurecen al aire y no dejan lucir al sol, ó como el espejo tomado del paño no puede recibir en sí serenamente el vulto, ó como en el agua envuelta en cieno no se divisa bien el rostro del que en ella se mira; así el alma que está tomada de los apetitos, según el entendimiento está entenebrecida, y no da lugar para que él ni el sol de la razón natural ni de la sabiduría de Dios sobrenatural la envistan y ilustren de claro. Y así, dice el real profeta David, hablando á este propósito: *Comprehendunt me iniquitates meae, et non potui, ut viderem*; Mis iniquidades me comprendieron y no pude tener poder para ver. Y en eso mismo que se oscurece según el entendimiento, se entorpece según la voluntad, y según la memoria se enrudece y desordena en su debida operación; porque, como estas potencias en sus operaciones dependen del entendimiento, estando él impedido, claro está que han de estar ellas desordenadas y turbadas. Y así, dice el profeta David: *Anima mea turbata est valde*; Mi alma esta mucho turbada. Que es tanto como decir, en sus potencias desordenada; porque, como decimos, ni el entendimiento tiene capacidad para recibir la ilustración de la sabiduría de Dios, como tampoco la tiene el aire tenebroso para recibir la del sol; ni la voluntad tiene habilidad para abrazar en sí á Dios en puro amor, como tampoco la tiene el espejo que está tomado del baho para representar en sí claro el vulto presente; ni menos la tiene la memoria que está oscura con las tinieblas del apetito para informarse con serenidad de la imagen de Dios, como tampoco el agua turbia puede mostrar claro el rostro del que se mira en ella.

Ciega también y oscurece el apetito al alma; porque el apetito, en cuanto apetito, ciego es, porque de suyo no mira razón; que la razón es la que siempre derechamente guía y encamina al alma en sus operaciones. Y de aquí es que todas las veces que el alma se guía por su apetito se ciega, pues es como guiarse el que ve por el que no ve; lo cual es como ser entrambos ciegos. Y lo que de aquí viene á seguirse es puntualmente lo mismo que dice nuestro Señor por san Mateo: *Caecus autem si caeco ducatum praestet, ambo in foveam cadunt*; Si el ciego guía al ciego, ambos caen en la hoya. Poco le sirven los ojos á la mariposilla, pues que el apetito de la hermosura de la luz la lleva encandilada á la hoguera; y así, podemos decir que el que se ceba del apetito es como pez encandilado, al cual aquella luz

antes le sirve de tinieblas para que no vea los daños que los pescadores le aparejan; lo cual da muy bien á entender David, diciendo de los semejantes: *Supercecidit ignis, et non viderunt Solem*; Sobrevinóles el fuego y no vieron el sol. Porque el apetito es como el fuego, que calienta con su calor y encandila con su luz. Y eso hace el apetito en el alma, que enciende la concupiscencia y encandila al entendimiento de manera que no pueda ver su luz; porque la causa del encandilamiento es que, como ponen otra luz diferente delante de la vista, cébase la potencia visiva en aquella que está entrepuesta, y no ve la otra; y como el apetito se le pone al alma entonces tan cerca y tan á la vista, tropieza en esta luz primera y cébase en ella, y así no la deja ver su luz de claro entendimiento, ni la verá hasta que se quite de en medio el encandilamiento del apetito; por lo cual es harto de llorar la ignorancia de algunos que se cargan de desordenadas penitencias y de otros muchos desordenados ejercicios, digo voluntarios, poniendo en ellos su confianza y pensando que solos ellos, sin la mortificación de sus apetitos en las demás cosas, han de ser suficientes para venir á la unión de la Sabiduría divina; y no es así si con diligencia ellos no procuran negar estos sus apetitos. Los cuales, si tuviesen cuidado de poner siquiera la mitad de aquel trabajo en esto, aprovecharían más en un mes que por todos los demás ejercicios en muchos años; porque, así como es necesaria á la tierra la labor para que lleve fruto, y sin ella no lleva sino malas yerbas, así es necesaria la mortificación de los apetitos para que haya provecho en el alma; sin la cual, oso decir que para ir adelante en perfección y noticia de Dios y de sí mismo, nunca le aprovechará más cuanto hiciere que aprovecha la semilla que se derrama en la tierra no rompida. Y así, no se quitará la tiniebla y rudeza del alma hasta que los apetitos se apaguen; porque son como las cataratas ó como las motas en el ojo, que impiden la vista hasta que se echen fuera. Y así, echando de ver David la ceguera de estos, y cuán impedidas tienen sus almas de la claridad de la verdad por sus apetitos, y cuánto Dios se enoja con ellos, dice, hablando con estos tales: *Priusquam intelligerent spinas vestrae rhamnum: sicut viventes, sic in ira absorbet eos*; esto es, antes que vuestras espigas, que son vuestros apetitos, se endurezcan y crezcan, haciéndose, de tiernas espigas, espesa cambrónera, y estorbando la vista de Dios, como á los vivientes se les corta el hilo de la vida muchas veces en medio del discurso de ella, así los sorberá Dios en su ira. Porque aquellos cuyos apetitos viven en el alma y estorban el conocimiento de Dios los sorberá él en su ira, ó en la otra vida con la pena y purgación del purgatorio, ó en esta con penas y trabajos que para desasirlos de los apetitos les envía, ó por medio de la mortificación de los mismos apetitos; para que con esto se quite de en medio de Dios y de nosotros la luz falsa de apetito que nos encandilaba y impedía para no conocerle; y aclarándose la vista del entendimiento, se repare el estrago que los apetitos habían dejado. ¡Oh, si supiesen los

hombres de cuánto bien de luz divina los priva esta ceguera que causan sus apetitos y aficiones, y en cuántos males y daños los hacen ir cayendo cada día en tanto que no los mortifican! Porque no hay fiarse de buen entendimiento ni dones que tengan recibidos de Dios, para pensar que si hay afición ó apetito, dejará de cegar y oscurecer, y hacer caer poco á poco en peor; porque, ¡quién dijera que un varón tan acabado en sabiduría y lleno de los dones de Dios, como era Salomón, había de venir á tanta ceguera y torpeza de voluntad, que hiciese altares á tantos ídolos y los adorase siendo ya viejo! Y solo para esto bastó la afición que tenía á las mujeres, y no tener cuidado de negar á los apetitos y deleites de su corazón; porque el mismo dice de sí en el *Eclesiastes*, que no negó á su corazón lo que le pidió: *Omnia, quae desideraverunt oculi mei, non negavi eis: nec prohibui cor meum, quin omni voluptate frueretur*. Y pudo tanto este arrojarle á sus apetitos, que, aunque es verdad que al principio tenía recato por no haberlo negado, poco á poco le fueron cegando y oscureciendo el entendimiento hasta venir á apagar aquella gran luz de sabiduría que Dios le había dado; de manera que á la vejez dejó á Dios. Y si en este pudieron tanto, que tenía tanta noticia de la distancia que hay entre el bien y el mal, ¿qué no podrán contra nuestra rudeza los apetitos no mortificados? Pues, como dijo el Señor al profeta Jonás, de los ninivitas: *Qui nesciunt quid sit inter dexteram, et sinistram suam*; No sabemos lo que hay entre la diestra y la siniestra. Porque á cada paso tenemos lo malo por bueno y lo bueno por malo, y esto es de nuestra cosecha; pues ¿qué será si se añade apetito á nuestra natural tiniebla? Sino lo que, lamentándose, dijo Isafas, hablando con los que aman seguir estos sus apetitos: *Palpavimus, sicut caeci parietem, et quasi absque oculis atrectavimus: impegimus meridie, quasi in tenebris*; Palpado hemos la pared como si fuéramos ciegos, y anduvimos atentando como en tinieblas; y llegó á tanto nuestra ceguera, que en el mediodía atollamos, como si fuera en oscuridad. Porque esto tiene el que está ciego del apetito, que, puesto en medio de la verdad y de lo que conviene, no lo echa de ver más que si estuviera en oscuras tinieblas.

CAPITULO IX.

De cómo los apetitos ensucian al alma. Pruébalo por comparaciones y autoridades de la sagrada Escritura.

El cuarto daño que hacen los apetitos al alma es, que la ensucian y manchan, según lo que enseña el *Eclesiástico*, diciendo: *Qui tetigerit picem inquinabitur ab ea*; El que tocara á la pez ensuciarse ha de ella; y entonces toca uno la pez cuando en alguna criatura cumple el apetito de su voluntad. En la cual autoridad es de notar que el Sabio compara las criaturas á la pez, porque más diferencia hay entre la excelencia que puede tener el alma y todo lo mejor de ellas que hay del claro diamante ó fino oro á la pez; y así como el oro ó diamante, si se pusiese caliente sobre la pez, quedaría de ella feo y

untado, por cuanto el calor la regaló y trujo; así el alma en el calor de su apetito que tiene á alguna criatura, saca inmundicia y mancha de él en sí. Y más diferencia hay entre el alma y las demás criaturas corporales que entre muy claro licor y un cieno muy sucio. De donde, así como se ensuciará el tal licor si le juntaran con el cieno, de esa misma manera se ensucia el alma que se ase á la criatura por afición, pues en ella se hace su semejante; y de la manera que pararian los rasgos de tizne á un rostro muy hermoso y acabado, de esa misma manera afean y ensucian los apetitos desordenados al alma que los tiene; la cual en sí es una hermosísima acabada imagen de Dios; por lo cual, llorando Jeremías el estrago de fealdad que estas desordenadas aficiones causan en ellas, cuenta primero su hermosura y luego su fealdad, diciendo: *Candidiores Nazaraei ejus nive, nitidiores lacte, rubicondiores ebore antiquo, sapphiro pulchrioris. Denigrata est super carbonem facies eorum, et non sunt cogniti in plateis*; Sus cabellos (es á saber del alma) son más levantados en blancura que la nieve, y más resplandecientes que la leche, y más bermejos que el marfil antiguo, y más hermosos que el zafiro; la faz de ellos se ha ennegrecido sobre los carbones, y no son conocidos en las plazas. Por los cabellos entendemos aquí los afectos y pensamientos del alma; los cuales, compuestos en lo que Dios les ordenó, que es en él mismo, son más blancos que la nieve, más claros que la leche, más rubicundos que el antiguo marfil, y hermosos sobre el zafiro; por las cuales cuatro cosas se entiende toda manera de hermosura y excelencia de toda criatura corporal, sobre las cuales es el alma y sus operaciones, que son los nazareos ó cabellos dichos; los cuales, desordenados y puestos en lo que Dios no los ordenó, esto es, empleados en las criaturas, dice Jeremías que su faz queda y se pone más negra que los carbones. Que todo este mal, y más, hacen en la hermosura del alma los desordenados apetitos; tanto, que si hubiésemos de hablar de propósito de la fea y sucia figura que pueden poner los apetitos al alma, no halláramos cosa, por llena de telarañas y sabandijas que esté, ni fealdad á que la pudiésemos comparar; porque, aunque es verdad que el alma desordenada, cuanto á su sustancia natural está tan perfecta como Dios la crió; pero cuanto al ser de razón está fea, sucia y oscura, y con todos los males que aquí se van refiriendo y muchos más; tanto, que aun solo un apetito desordenado (como después diremos), aunque no sea de materia de pecado mortal, ensucia y afea el alma, y la indisponen para que no pueda convenir con Dios en perfecta unión hasta que de él se purifique. ¡Cuál será pues la fealdad de la que del todo está desordenada en sus propias pasiones y entregada á sus apetitos, y cuán alejada estará de la pureza de Dios! No se puede explicar con palabras ni aun percibirse con el entendimiento la variedad de inmundicia que la variedad de apetitos causa en el alma; porque, si se pudiese decir y dar á entender, sería cosa admirable, y también de harta compasión ver cómo cada apetito, conforme á su calidad

y intencion, hace su raya y asiento de inmundicia y fealdad en el alma, y cada uno de su manera; porque así como el alma del justo en una sola perfeccion, que es la rectitud del alma, tiene innumerables dones riquísimos y muchas virtudes hermosísimas, cada una graciosa y diferente, segun la multitud y diferencia de los afectos amorosos que ha tenido en Dios; así el alma desordenada, segun la variedad de sus apetitos en las criaturas, tiene en sí variedad miserable de inmundicias y bajezas, tal cual en ella la pintan los dichos apetitos. Esta variedad de inmundicias está bien figurada en Ezequiel, donde se escribe que mostró Dios á este profeta en lo interior del templo pintadas en derredor de las paredes todas las semejanzas de sabandijas que arrastran por la tierra, y allí toda la abominacion de animales inmundos: *Et ingressus vidi, et ecce omnis similitudo reptilium, et animalium, abominatio, et universa idola domus Israel depicta erant in pariete in circuitu per totum.* Y entonces dijo Dios á Ezequiel: Hijo del hombre, ¿no has visto las abominaciones que hacen estos cada uno en lo secreto de su retrete? Y mandóle Dios que entrase mas adentro y veria mayores abominaciones; y dice que vió allí las mujeres sentadas, llorando al Dios de los amores, Adónis: *Et ecce ibi mulieres plangentes Adonidem.* Y mandándole Dios entrar mas adentro y que veria aun mayores abominaciones, dice que vió allí veinte y cinco viejos que tenían vueltas las espaldas contra el templo: *Et introduxit me in atrium domus Domini interius: et ecce in ostio templi Domini inter vestibulum, et altare, quasi viginti quinque viri dorsa habentes contra templum Domini.* Las diferencias de sabandijas y animales inmundos que estaban pintados en el primer retrete del templo, son pensamientos y concepciones que el entendimiento hace de las cosas bajas de la tierra y de todas las criaturas; las cuales, como son tan contrarias á las sempiternas, ensucian el templo del alma, y ella con ellas embaraza su entendimiento, que es el primer aposento del alma. Las mujeres que estaban mas adentro, en el segundo aposento, llorando al dios Adónis, son los apetitos, que están en la segunda potencia del alma, que es la voluntad; los cuales están como llorando en cuanto codician aquello á que está aficionada la voluntad, que son las sabandijas ya pintadas en el entendimiento. Y los varones que estaban en el tercer aposento son las imaginaciones y fantasías de las criaturas, que guarda y revuelve en sí la tercera potencia del alma, que es la memoria; las cuales, se dice que están vueltas las espaldas contra el templo; porque ya cuando, segun estas potencias, abrazó el alma alguna cosa de la tierra acabada y perfectamente, bien se puede decir que tiene las espaldas contra el templo de Dios, que es la recta razon del alma, la cual no admite en sí cosa de criatura contra Dios. Y para entender algo de este feo desorden del alma en sus apetitos baste por ahora lo dicho; porque si hubiésemos de tratar en particular del impedimento que para esta union causan en el alma las imperfecciones y su variedad, y el que hacen los pecados

veniales, que es mucho mayor que el de las imperfecciones y su mucha variedad; y tambien la fealdad que causan los apetitos de pecado mortal, que es total fealdad del alma, y su mucha variedad, seria nunca acabar. Lo que digo y hace al caso á nuestro propósito es, que cualquier apetito, aunque sea de la mas mínima imperfeccion, escurece y impide la perfecta union del alma con Dios.

CAPITULO X.

De cómo los apetitos enlambian y enflaquecen al alma en la virtud. Pruébalo por comparaciones y autoridades de la sagrada Escritura.

Lo quinto en que dañan los apetitos al alma, es que la enlambian y enflaquecen para que no tenga fuerza para seguir la virtud y perseverar en ella; porque, por la misma causa que la fuerza del apetito se reparte, queda menos fuerte que si estuviera entero en una cosa sola; y cuanto en mas cosas se reparte, tanto menos es para cada una dellas; que por eso dicen los filósofos que la virtud unida es mas fuerte que ella misma si se derrama. Y por tanto, está claro que si el apetito de la voluntad se derrama en otra cosa fuera de la virtud, ha de quedar muy flaco para la virtud. Y así, el alma que tiene la voluntad repartida en menudencias es como el agua, que, teniendo por donde se derramar hácia abajo, no sube arriba, y así no es de provecho. Por lo cual el patriarca Jacob comparó á su hijo Ruben al agua derramada, porque en cierto pecado habia dado rienda á sus apetitos, diciendo: *Effusus es sicut aqua, non cresces;* Derramado estás como agua, no crecerás. Como si dijera: Porque estás derramado como agua segun los apetitos, no crecerás en virtud. Y así como el agua caliente, no estando cubierta, fácilmente pierde el calor, y como las especies aromáticas desenvueltas van disminuyendo la fragancia y fuerza de su olor, así el alma no recogida en un solo afecto de Dios pierde el calor y vigor en la virtud. Lo cual entendiendo bien David, dijo, hablando con Dios: *Fortitudinem meam ad te custodiam;* Yo guardaré mi fortaleza para tí. Esto es, recogiendo la fuerza de mis afectos solo á tí. Y enflaquecen la virtud del alma los apetitos, porque son en ella como los virgultos y renuevos que nacen en derredor del árbol, y le llevan la virtud para que no lleve tanto fruto. Y de estas almas dice el Señor: *Vae autem praegnantibus, et nutrientibus in illis diebus!* ¡Ay de las que en aquellos días estuvieren preñadas y de las que criaren! La cual preñez y cria entiende por los apetitos, que, si no se atajan, siempre irán quitando mas virtud al alma y crecerán para mal de ella, como los renuevos en el árbol. Por lo cual nuestro Señor nos aconseja diciendo: *Sint lumbi vestri praecincti;* Tened ceñidos vuestros lomos, que significan aquí los apetitos. Los cuales son tambien como las sanguijuelas que están chupando la sangre de las venas, porque así las llamó el Sabio, diciendo: *Sanguisugae duae sunt filiae, dicentes: Affer, affer;* Sanguijuelas son las hijas; es á saber, los apetitos siempre dicen: Dame, dame. Dondo

está claro que los apetitos no ponen en el alma bien ninguno, sino que le quitan el que tiene, y no mortificándolos, no paran hasta hacer en ella lo que dicen que hacen con su madre los hijuelos de la víbora, que cuando van creciendo en el vientre, comen á su madre y la matan, quedando ellos vivos á costa della. Así los apetitos no mortificados llegan á tanto, que matan al alma en Dios, y solo lo que en ella vive son ellos, porque ella primero no los mató. Por esto dice el *Eclesiástico: Aufer à me ventris concupiscentias.* Pero, aunque no lleguen á esto, es grande lástima considerar cuál tienen á la pobre alma los apetitos que viven en ella, cuán desgraciada para consigo misma, cuán seca para con los prójimos, y cuán pesada y perezosa para las cosas de Dios; porque no hay mal humor que tan agravado y pesado ponga á un enfermo para caminar ni tan lleno de hastío para comer, cuanto el apetito de criaturas hace al alma pesada y triste para seguir la virtud. Y así, ordinariamente la causa porque muchas almas no tienen diligencia y gana de obrar virtudes, es porque tienen apetitos y aficiones no puras ni en Dios nuestro Señor.

CAPITULO XI.

Prueba cómo es necesario, para llegar á la divina union, carecer el alma de todos los apetitos, por pequeños que sean.

Parece que há mucho que el lector desea preguntar que si es de fuerza para llegar á este alto estado de perfeccion haya de haber precedido mortificacion total en todos los apetitos, chicos y grandes; y que si bastara mortificar algunos dellos y dejar á otros, á lo menos aquellos que parecian de poco momento. Porque parece cosa recia y muy dificultosa poder llegar el alma á tanta pureza y desnudez, que no tenga voluntad ni aficion á ninguna cosa. A esto se responde: lo primero, que es verdad que no todos los apetitos son tan perjudiciales unos como otros, ni embarazan al alma todos en igual grado (hablo de los voluntarios), porque los apetitos naturales poco ó nada impiden al alma para la union cuando no son consentidos ni pasan de primeros movimientos. Y llamo naturales y de primeros movimientos todos aquellos en que la voluntad racional antes ni después tuvo parte; porque quitar estos y mortificarlos del todo en esta vida es imposible. Y estos no impiden de manera que no se pueda llegar á la divina union, aunque del todo, como digo, no estén mortificados; que bien los puede tener el natural y estar el alma, segun el espíritu racional, muy libre dellos. Porque aun acaecerá á veces que esté el alma en alta union de quietud en la voluntad, y que actualmente moren estos en la parte sensitiva del hombre, no teniendo en ellos parte la parte superior, que está en oracion. Pero todos los demás apetitos voluntarios, ahora sean de pecados mortales, que son los mas graves, ahora de pecados veniales, que son los menos graves, ahora sean solamente de imperfecciones, que son los menores, se han de vaciar, y de todos ha el alma de carecer para

venir á esta total union, por mínimos que sean. Y la razon es porque el estado desta divina union consiste en tener el alma, segun la voluntad, total transformacion en la voluntad de Dios; de manera que en todo y por todo su movimiento sea voluntad solamente de Dios. Que esta es la causa por que en este estado llamamos estar hecha una voluntad de dos, esto es, de la mia y de la de Dios; de manera que la voluntad de Dios es tambien voluntad del alma; pues si esta alma quisiese alguna imperfeccion que no quiere Dios, no estaria hecha voluntad de Dios, pues el alma tenia voluntad de lo que no la tenia Dios. Luego claro está que para venir el alma á unirse con Dios por amor y voluntad, ha de carecer primero de todo apetito de voluntades, por mínimo que sea; esto es, que advertida y conocidamente no consienta con la voluntad en imperfeccion, y venga á tener poder y libertad para poderlo hacer en advirtiendo. Y digo conocidamente, porque sin advertirlo ó entenderlo, ó sin ser en su mano enteramente, bien caerá en imperfecciones y pecados veniales, y en los apetitos naturales ya dichos. Que destes tales pecados no tan voluntarios está escrito que el justo caerá siete veces en el dia, y se levantará: *Septies enim cadet justus, et resurget.* Mas de los apetitos voluntarios y enteramente advertidos, aunque sean de cosas mínimas, como se ha dicho, cualquiera que no se venza basta para impedir. Digo no mortificado el tal hábito, porque algunos actos á veces de diferentes cosas, aun no hacen tanto, por no ser hábito determinado; aunque tambien estos ha de venir á no los haber, porque tambien proceden de habitual imperfeccion. Pero algunos hábitos de voluntarias imperfecciones, en que nunca acaban de vencerse, no solamente impiden la divina union, pero el ir adelante en la perfeccion. Estas imperfecciones habituales son como una costumbre de hablar mucho, un asimiento á alguna cosa, que nunca acaba de querer vencer, así como á persona, vestido, libro, celda, tal manera de comida, y otras conversaciones y gustillos en querer gustar de las cosas, saber y oír, y otras semejantes. Cualquiera de estas imperfecciones, en que tenga el alma asimiento y hábito, es tanto daño para poder crecer y ir adelante en la virtud, que si cayese cada dia en otras muchas imperfecciones, aunque fuesen mayores, que no proceden de ordinaria costumbre de alguna mala propiedad, no le impedirian tanto cuanto tener el alma asimiento á alguna cosa; porque en tanto que le tuviere, excusado es que pueda llegar á la perfeccion, aunque la cosa sea muy mínima. Porque ¿qué se me da que esté una ave asida á un hilo delgado que á un grueso? Porque, aunque sea delgado, asida se estará á él en tanto que no le quebrare para volar. Verdad es que el delgado es mas fácil de quebrar; pero, por fácil que es, si no lo quiebra, no volará. Y así es el alma que tiene asimiento á alguna cosa, que, por mas virtudes que tenga, no llegará á la libertad de la divina union; porque apetito y asimiento del alma tiene la propiedad que dicen tiene la rémora con la nave, que, con ser un pez muy pequeño, si acierta á pegarse

á la nave, la tiene tan queda, que no la deja navegar. Y así, es lástima ver algunas almas como unas ricas naos cargadas de riquezas de obras y ejercicios espirituales, virtudes y mercedes que Dios les hace, y por no tener ánimo para acabar con algun gustillo, asimiento ó afición (que todo es uno), nunca pueden llegar al puerto de la union perfecta, que no estaba en mas que en dar un buen vuelo y acabar de quebrar aquel hilo de asimiento ó quitar aquella rémora del apetito. Cierta es mucho de sentir que haya Dios hécholes quebrar otros cordeles mas gruesos de aficiones de pecados y vanidades; y por no desasirse de una niñería que les dejó Dios que venciesen por amor de él, que no es mas que un hilo, dejen de ir adelante y llegar á tanto bien; y lo peor es que, por aquel asimiento, no solo no van adelante, sino que en materia de perfeccion vuelven atrás, perdiendo algo de lo que con tanto trabajo habian ganado; porque ya se sabe que en este camino espiritual, el no ir adelante venciendo es volver atrás; y el no ir ganando es ir perdiendo. Que eso quiso nuestro Señor darnos á entender cuando dijo: El que conmigo no allega, derrama; *Qui non congregat mecum, spargit*. El que no tiene cuidado de remediar el vaso por un pequeño resquicio que tenga, basta para que se venga á salir todo el licor que está dentro. Como el *Eclesiástico* nos lo enseñó, diciendo: *Qui spernit modica, paulatim decidet*. El que desprecia las cosas pequeñas, poco á poco irá cayendo en las grandes; porque, como el mismo dice: Desola una centella se aumenta el fuego. Y así, una imperfeccion basta para traer otra, y aquella otras; y así, casi nunca se verá en una alma que es negligente en vencer un apetito, que no tenga otros muchos, que nacen de la misma flaqueza y imperfeccion que tiene en aquel; y ya habemos visto muchas personas á quien Dios hacia merced de llevar muy adelante en gran desasimiento y libertad; y por solo comenzar á tomar un asimientillo de afición, so color de bien, de conversacion y amistad, irseles por allí vaciando el espíritu y gusto de Dios y santa soledad, y caer de la alegría y entereza de los ejercicios espirituales, y no parar hasta perderlo todo; y esto porque no atajaron aquel principio de gusto y apetito sensitivo, guardándose en soledad para Dios.

En este camino siempre se ha de caminar para llegar; lo cuales ir siempre quitando querer, no sustentándolos; y si no se acaban todos de quitar, no se acaba de llegar; porque, así como el madero no se transforma en el fuego por un solo grado de calor que falte en su disposicion; así, no se transformará el alma en Dios perfectamente por una imperfeccion que tenga, como después se dirá en la noche de la fe. El alma no tiene mas de una voluntad, y esa, si se emplea ó embaraza en algo, no queda libre, entera, sola y pura, como se requiere para la divina transformacion. De lo dicho tenemos figura en el *Libro de los jueces*, donde se dice que vino el ángel á los hijos de Israel, y les dijo que porque no habian acabado con aquella gente contraria, sino que antes se habian confederado con algu-

nos de ellos, que por eso se los habia de dejar entre ellos por enemigos, para que les fuesen ocasion de caída y de perdicion: *Quamobrem nolui delere eos à facie vestra, ut habeatis hostes, et Dii eorum sint vobis in ruinam*. Y justamente hace Dios esto con algunas almas con las cuales, habiéndolas él sacado del Egipto del mundo, y muértolos los gigantes de sus pecados, y acabado la multitud de sus enemigos, que son las ocasiones que en el mundo tenian, solo porque ellos entraran con mas libertad en esta tierra de promision de la divina union, viéndolos que todavía traban amistad y hacen alianza con la gente menuda de imperfecciones, no acabándolas de mortificar, viviendo en descuido y flojedad, se enoja su Majestad, y los deja ir cayendo en sus apetitos de mal en peor.

Tambien en el *Libro de Josué* tenemos figura de lo dicho, cuando le mandó Dios al tiempo que habia de comenzar á poseer la tierra de promision, que en la ciudad de Jericó de tal manera destruyese cuanto en ella habia, que no dejase cosa en ella viva desde el hombre hasta la mujer, y desde el niño hasta el viejo, y todos los animales, y que de todos los despojos no tomasen ni codiciasen nada. Para que entendamos que para entrar en esta divina union ha de morir todo lo que vive en el alma, poco y mucho, chico y grande; y ella ha de quedar sin codicias de todo ello, y tan desasida, como si ella no fuese para ello, ni ello para ella; lo cual nos enseña san Pablo, escribiendo á los corintios, diciendo: *Hoc itaque dico: fratres, tempus breve est; reliquum est, ut et qui habent uxores, tanquam non habentes sint; et qui flent tanquam non flentes; et qui gaudent, tanquam non gaudentes; et qui emunt, tanquam non possidentes; et qui utuntur hoc mundo, tanquam non utantur*; Lo que os digo, hermanos, es, que el tiempo es breve; lo que resta y conviene es, que los que tienen mujeres sean como si no las tuviesen, y los que lloran por las cosas de este mundo, como si no llorasen; y los que se huelgan, como si no se holgaran; y los que compran, como si no poseyesen; y los que usan de este mundo, como si no le usasen. Lo cual dice el Apóstol enseñándonos cuán desasida nos conviene tener el alma para ir á Dios.

CAPITULO XII.

Responde á la otra pregunta declarando cuáles sean los apetitos que bastan para causar en el alma los daños ya dichos.

Mucho pudiéramos alargarnos en esta materia de la noche del sentido, segun lo mucho que hay que decir de los daños que causan los apetitos, no solo en las maneras dichas, sino otras muchas; pero, para lo que hace á nuestro propósito, lo dicho basta; porque parece queda dado á entender cómo se llama noche la mortificacion de ellos, y cuánto convenga entrar en esta noche para ir á Dios. Solo lo que se ofrece, antes que tratemos del modo de entrar en ella para concluir con esta parte, es una duda que podria ocurrir al lector sobre lo dicho; y es lo primero, si basta cualquier

apetito para obrar y causar en el alma los dos males positivo y privativo ya declarados; lo segundo, si basta cualquier apetito, por mínimo que sea y de cualquier especie, á causar todos estos daños juntos; ó si solamente causan unos uno y otros otro, unos tormento y otros cansancio, otros tiniebla, etc. A lo cual respondiendo, digo, lo primero, que si hablamos del daño privativo, que es privar al alma de Dios, solamente los apetitos voluntarios que son de materia de pecado mortal pueden y hacen esto, porque ellos privan en esta vida al alma de la gracia, y en la otra de la gloria, que es poseer á Dios. A lo segundo digo que así estos, que son de materia de pecado mortal, como los voluntarios, de materia de pecado venial, y los que son de materia de imperfeccion, cada uno de ellos basta para causar en el alma todos estos daños positivos; los cuales, aunque en cierta manera son privativos, llamámoslos aquí positivos, porque responden á la conversion á la criatura, así como el privativo responde á la aversion de Dios; pero hay esta diferencia, que los apetitos de pecado mortal causan total ceguera, tormento, inmundicia y flaqueza, etc.; mas los otros, de pecado venial ó conocida imperfeccion, no causan estos males en aquel total y consumado grado, pues no privan de la gracia, con la cual privacion anda junta la posesion de ellos, porque la muerte de ella es vida de ellos; pero causan algo de estos males, aunque remisamente, segun la tibieza y remision que en el alma causan; de manera que aquel apetito que mas la entibiare, mas abundantemente causará tormento, ceguera, y no pureza. Pero es de notar que, aunque cada apetito causa todos estos males que aquí llamamos positivos, unos hay que principal y derechamente causan unos, y otros, otros, y los demás por el consiguiente; porque, aunque es verdad que un apetito sensual causa todos estos males, pero principal y propiamente ensucia alma y cuerpo; y aunque un apetito de avaricia tambien los causa todos, principal y derechamente causa afliccion; y aunque un apetito de vanagloria, ni mas ni menos los causa todos, principal y derechamente causa tinieblas y ceguera; y aunque un apetito de gula los causa todos, principalmente causa tibieza en la virtud, y así de los demás. Y la causa por que cualquier acto de apetito voluntario produce en el alma todos estos efectos juntos, es por la contrariedad que derechamente tiene con los actos de virtud, que producen en el alma los efectos contrarios; porque, así como un acto de virtud produce y cria en el alma juntamente suavidad, paz y consuelo, luz, limpieza y fortaleza, así un apetito desordenado causa tormento, fatiga y cansancio, ceguera y flaqueza. Las virtudes crecen en el ejercicio de una, y en su manera los vicios crecen en uno, y los efectos de ellos en el alma. Y aunque todos estos males no se echan de ver al tiempo que se cumple el apetito, porque el gusto de él entonces no da lugar, pero después bien se sienten sus malos dejos; porque el apetito, cuando se ejecuta es dulce y parece bueno, pero después se siente su amargo efecto; lo cual podrá bien juzgar el que se deja llevar de ellos.

E.xvi-1.

Aunque no ignoro que haya algunos ya tan ciegos y insensibles que no lo sienten, porque, como no andan en Dios, no echan de ver lo que les impide á Dios.

De los demás apetitos naturales que no son voluntarios, y de los pensamientos que no pasan de primeros movimientos, y de otras tentaciones no consentidas, no trato aquí, porque estos, ningun mal de los dichos causan en el alma; que, aunque á la persona por quien pasan, le hagan parecer que la pasion y turbacion que entonces le causan, la ensucian y ciegan, y no es así; antes ocasionalmente le causan los provechos contrarios, porque en tanto que los resiste, gana fortaleza, pureza, luz y consuelo y muchos otros bienes; segun lo cual dijo nuestro Señor á san Pablo: *Virtus in infirmitate perficitur*; que la virtud se perficiona en la flaqueza. Mas los voluntarios, todos los dichos y mas males causan; y por eso el principal cuidado que tienen los maestros espirituales es mortificar luego á sus discípulos de cualquier apetito, haciéndolos quedar en vacío de lo que apetecian, por dejarlos libres de tanta miseria.

CAPITULO XIII.

De la manera y modo que ha de tener el alma para entrar en esta noche del sentido por fe.

Resta ahora dar algunos avisos para poder entrar en esta noche del sentido, para lo cual es de saber que el alma ordinariamente entra en esta noche sensitiva en dos maneras: la una es activa y la otra es pasiva. Activa es lo que el alma puede hacer y hace de su parte para entrar en ella, ayudada de la gracia, de la cual trataremos ahora en los avisos siguientes; y pasiva es en que el alma no hace nada como de suyo ó por su industria, sino Dios lo obra en ella con mas particulares auxilios, y ella se ha como paciente, consintiendo libremente; de la cual dirémos en la noche oscura cuando trataremos de los principiantes; y porque allí, con el favor divino, habrémos de dar muchos avisos á los tales, segun las muchas imperfecciones que suelen tener en este camino, no me alargaré aquí en dar muchos; y tambien por no ser tan propio de este lugar darlos, pues de presente solo trataremos de las causas por que se llama noche este tránsito, y cuál sea ella y cuántas sus partes. Pero, porque parece quedaba muy corto y no de tanto provecho no dar luego algun remedio ó aviso para ejercitar esta noche de apetitos, he querido poner aquí el modo breve que se sigue, y lo mismo haré al fin de cada una de esotras dos partes ó causas de esta noche, de que luego, mediante el Señor, tengo de tratar.

Estos avisos que aquí se siguen de vencer los apetitos, aunque son breves y pocos, yo entiendo que son tan provechosos y eficaces como compendiosos; de manera que el que de veras se quisiere ejercitar en ellos, no le harán falta otros ningunos, antes estos los abrazan todos.

Lo primero, traiga un ordinario cuidado y afecto de imitar á Cristo en todas las cosas, conformándose con su vida, la cual debe considerar para saberla imitar y haberse en todas las cosas como se hubiera él.

Lo segundo, para poder bien hacer esto, cualquier gusto que se le ofreciere á los sentidos, como no sea puramente para gloria y honra de Dios, renúncielo y quédese vacío de él por amor de Jesucristo, el cual en esta vida no tuvo otro gusto, ni le quiso, que hacer la voluntad de su Padre; lo cual llamaba él su comida y manjar. Pongo ejemplo: si se le ofreciere gusto en oír cosas que no importan para el servicio de Dios, ni las quiera gustar ni las quiera oír; y si le diera gusto mirar cosas que no le lleven mas á Dios, ni quiera el gusto ni mirar las tales cosas; y si en hablar ó en otra cualquier cosa se le ofreciere, haga lo mismo; y en todos los sentidos ni mas ni menos en cuanto lo pudiere excusar buenamente; porque, si no pudiere, basta que no quiera gustar de ello, aunque estas cosas pasen por él. Y de esta manera ha de procurar dejar luego mortificados y vacíos de aquel gusto á los sentidos como á oscuras; y con este cuidado en breve aprovechará mucho.

Y para mortificar y apaciguar las cuatro pasiones naturales, que son gozo, esperanza, temor y dolor, de cuya concordia y pacificación salen estos y los demás bienes, es total remedio lo que se sigue, y de gran merecimiento, y causa de grandes virtudes.

Procure siempre inclinarse no á lo mas fácil, sino á lo mas dificultoso;

No á lo sabroso, sino á lo mas desabrido;

No á lo mas gustoso, sino á lo que no da gusto;

No á lo que es consuelo, sino antes al desconsuelo;

No á lo que es descanso, sino á lo trabajoso;

No á lo mas, sino á lo menos;

No á lo mas alto y precioso, sino á lo mas bajo y despreciado;

No á lo que es querer algo, sino á no querer nada;

No á andar buscando lo mejor de las cosas, sino lo peor, y desear entrar en toda desnudez y vacío y pobreza por Cristo de todo cuanto hay en el mundo. Y estas obras conviene las abraze de corazón y procure allanar la voluntad en ellas; porque, si de corazón las obra, muy en breve vendrá á hallar en ellas gran deleite y consolación, obrando ordenada y discretamente.

Lo que está dicho, bien ejercitado, basta para entrar en la noche sensitiva; pero, para mayor abundancia, diremos otra manera de ejercicio que enseña á mortificar de veras el apetito de la honra, de que se originan otros muchos.

Lo primero, procurará obrar en su desprecio y desejará que los otros lo hagan.

Lo segundo, procurará hablar en su desprecio, y procurará que los otros lo hagan.

Lo tercero, procurará pensar bajamente de sí en su desprecio, y desejará que los demás lo hagan.

En conclusion de estos avisos y reglas conviene poner aquí aquellos versos que se escriben en la figura del monte, que está al principio de este libro, los cuales son doctrina para subir á él, que es lo alto de la union; porque, aunque es verdad que su sentencia habla tambien de lo espiritual y interior, tambien habla del espíritu de imperfeccion segun lo sensible y exterior, como

se puede ver en los dos caminos que están en los lados de la senda de perfeccion. Y así, segun ese sentido los entenderemos aquí, conviene á saber, segun lo sensible; los cuales después en la segunda parte de esta noche se han de entender segun lo espiritual.

Dice pues así:

1. Para gustarlo todo,
no quieras tener gusto en nada.
2. Para venir á saberlo todo,
no quieras saber algo en nada.
3. Para venir á poseerlo todo,
no quieras poseer algo en nada.
4. Para venir á serlo todo,
no quieras ser algo en nada.
5. Para venir á lo que no gustas,
has de ir por donde no gustas.
6. Para venir á lo que no sabes,
has de ir por donde no sabes.
7. Para venir á lo que no posees,
has de ir por donde no posees.
8. Para venir á lo que no eres,
has de ir por donde no eres.

MODO PARA NO IMPEDIR AL TODO.

1. Cuando reparas en algo,
dejas de arrojarte al todo.
2. Porque para venir del todo al todo,
has de negarte del todo en todo.
3. Y cuando lo vengas todo á tener,
has de tenerlo sin nada querer.
4. Porque si quieres tener algo en todo,
no tienes puro en Dios tu tesoro.

En esta desnudez halla el espíritu su quietud y descanso, porque no codiciando nada, nada le fatiga hácia arriba y nada le oprime hácia abajo, porque está en el centro de su humildad; pues que cuando algo codicia, en eso mismo se fatiga.

CAPITULO XIV.

En que se declara el segundo verso de la sobredicha cancion:

Con ansias en amores inflamada.

Ya que hemos declarado el primer verso de esta cancion, que trata de la noche sensitiva, dando á entender qué noche sea esta del sentido, y por qué se llama noche; y tambien habiendo dado el orden y modo que se ha de tener para entrar en ella activamente, síguese ahora por su orden tratar de las propiedades y efectos de ella, que son admirables; los cuales se contienen en los siguientes versos de la dicha cancion, que apuntaré brevemente, como en el prólogo lo prometí, y pasaré luego al segundo libro, que trata de la otra parte de esta noche, que es la espiritual.

Dice pues el alma: «Con ansias en amores inflamada.» Pasó y salió en esta noche oscura del sentido á la union del Amado; porque, para vencer todos los apetitos y negar los gustos de todas las cosas, con cuyo amor y afición se suele inflamar la voluntad para gozar de ellas, era menester otra inflamación mayor de otro mejor amor, que es el de su Esposo, para que, teniendo

CAPITULO XV.

En que declara los demás versos de la dicha cancion:

*¡Oh dichosa ventura!
Sali sin ser notada,
Estando ya mi casa sosegada.*

Toma por metáfora el mísero estado del cautiverio, del cual el que se libra, lo tiene por «dichosa ventura», sin que se lo impida alguno de los prisioneros. Porque el alma, después del pecado original, verdaderamente está como cautiva en este cuerpo mortal, sujeta á las pasiones y apetitos naturales; del cerco y sujecion de los cuales, tiene ella por dichosa ventura haber salido sin ser notada; esto es, sin ser impedida de ninguno de ellos ni comprendida; porque para esto la aprovechó el salir en la noche oscura, que es en la privacion de todos los gustos y mortificación de todos los apetitos, como hemos dicho; y esto «estando ya su casa sosegada»; conviene á saber, la parte sensitiva, que es la casa de todos los apetitos, sosegada ya por el vencimiento y adormecimiento de todos ellos; porque hasta que los apetitos se adormezcan por la mortificación en la sensualidad, y la misma sensualidad esté ya mortificada de ellos, de manera que no sea ya contraria al espíritu, no sale el alma á la verdadera libertad para gozar de la union de su Amado.

LIBRO SEGUNDO.

TRATA DEL MEDIO PRÓXIMO PARA LLEGAR Á LA UNION CON DIOS, QUE ES LA FE; Y DE LA SEGUNDA NOCHE DEL ESPÍRITU, CONTENIDA EN LA SEGUNDA CANCION.

CANCION SEGUNDA.

A oscuras y segura,
Por la secreta escala disfrazada,
¡Oh dichosa ventura!
A oscuras y en celada,
Estando ya en mi casa sosegada.

CAPITULO PRIMERO.

En que se declara esta cancion.

En esta segunda cancion canta el alma la dichosa ventura que tuvo en desnudar el espíritu de todas las imperfecciones espirituales y apetitos de propiedad en lo espiritual; lo cual le fué muy mayor ventura, por la mayor dificultad que hay en sosegar esta casa de la parte espiritual, y poder entrar en esta oscuridad interior, que es la espiritual desnudez de todas las cosas, así sensuales como espirituales, solo estribando en viva fe (que de esta voy hablando de ordinario, porque trato con personas que caminan á la perfeccion), y subiendo por ella á Dios, que por eso se llama aquí «escala y secreta»;

porque todos los grados y artículos que ella tiene son secretos y escondidos á todo sentido y entendimiento; y así, se queda ella á oscuras de toda lumbre natural de sentido y entendimiento, saliendo de todo límite natural y racional, para subir por esta divina escala de la fe, que escala y penetra hasta lo profundo de Dios. Por lo cual dice que iba disfrazada, porque llevaba el traje y término natural mudado en divino, subiendo por fe. Y así, era causa este disfraz de no ser conocida ni detenida de lo temporal, ni de lo racional ni del demonio; porque ninguna de estas cosas la puede dañar mientras camina en esta viva fe; y no solo eso, sino que va el alma tan escondida, encubierta y ajena de todos los engaños del demonio, que verdaderamente camina (como tambien aquí dice) «á oscuras y en celada»; es á saber, para el demonio, al cual la luz de la fe le es mas que tinieblas. Y así, el alma que por ella camina, podemos decir que en celada y encubierta al demonio camina, como adelante se dirá mas claro. Por eso dice que salió «á oscuras y segura»; porque el que tal ventura